

"Las manos grandes de la niebla". Un escritor vasco en Venezuela

Cecilia G. de Guilarte

La Voz de España, 1968-12-08: 19.

Este, Martín de Ugalde, me ha puesto a pensar con su libro. eso es lo que pasa cuando llueve: se piensa y se piensa, y no dan ganas de hacer nada. Por los desagüaderos se van, se los lleva el agua de la lluvia, muchos pensamientos que podrían servir; pero se ahogan por nada. Porque llueve tanto... eso es lo que pienso, con el libro de Martín de Ugalde entre las manos. Un libro tibio al tacto del alma, nacido en las tierras del sol. Pensado y sentido en aquellas tierras.

No uno, sino dos, los libros que acaban de llegarme de Venezuela con una gentil dedicatoria de Martín de Ugalde. Pero me gusta más éste, éste de cuentos "escritos para comprender a Venezuela". Removiendo con infinita ternura la costra de sus miserias, haciendo brotar la sangre negra hasta el nudo curandero de la sangre roja y limpia. Y está bien; sólo así se puede conocer, comprender la verdadera sangre. Con amor, sin pudorosos cacarcos de piedra inmóvil.

Yo pienso, otros no pensarán igual, ya se sabe, que un escritor vasco lo primero que tiene que hacer es liberarse de eso para ser siendo; de la oscura manía de escribir sólo para casa, de cubrir la casa con crema de fresas, de presentarla como un pastel, tan harta de crema de fresas!

Martín de Ugalde piensa volver el año que viene... No sé, no sé qué decirle. Lo primero que le ocurrirá, es que se volverá estreñido de la cabeza. Sin saber por qué, de la noche a la mañana. No sé si será por la lluvia, o por otras humedades del espíritu no clasificadas, misteriosas. Y sería una pena. Para él, también para él, que escribe tan bien. Que escribe sobre "Las manos grandes de la niebla", las terribles, amenazadoras manos de la niebla, "techo de nubes que se desploma sobre la gigantesca espalda vertical del cerro". Así escribe; así:

"Jacobó Santiago estaba sembrándole trigo en la falda alta con el pujo de estar forzando las secas caderas de una señorita vieja cuando le llegó el ¡alas! familiar desde la hoyada".

Así, pero no por decir, porque suena bien, porque está de moda lo terrible y hay que ponerse a la moda, ponerse... No; lo dice en voz alta y en tierra ajena, porque así es. Así es y no de otra manera. Señalando, denunciando una cosa concreta, una realidad viva que sangra, que viene sangrando desde hace tiempo; una verdad y su grito silencioso que clama al cielo. Y nadie le dirá nada, su tío o su vecino. Nadie lo crucificará por meter el dedo en la crema de fresa y buscarle el corazón, la oscura entraña dolorida.

Por eso no sé qué decirle; aquí no podrá... Ningún cartel dice que se prohíbe, pero no podrá. El mismo será su cartel y se sentirá invadido por un miedo extraño y tan propio como el tuétano y el hueso, como la sangre y la vena. Y sentirá el grito que le sube desde

sí mismo que lo cerca desde fuera y lo aprisiona, como las manos de la niebla... y lo gritará, lo gritará sin remedio. ¡Viva Cartagena!

Estará quieto y veloz, dando vueltas sobre sí mismo como un perro que se busca la cola. Y amaré esta tierra que es suya, le dolerá esta tierra en la planta de los pies y no podrá correr, lanzarse a la corriente viva, a ese ancho río espeso de horrores, a esa verdad que intenta por lo menos intenta, lavar el mundo. Y la casa propia para empezar, escribiendo valientemente, virilmente. Como este vasco, Martín de Ugalde, escribe en casa prestada.

Nadie se lo prohibirá; él mismo y la mano grande de la niebla que lo cerca. El miedo a ser crucificado en este cerro, "gigantesca espalda vertical" que es su propio cerro.

Escribe bien, muy bien, este vasco exiliado en las tierras del sol. Escribe bien y mucho, cada año: "Imágenes de la Semana Santa en Venezuela", "Un real de sueño en un andamio", "La semilla vieja", "Itzalleak", "Ama gaxo dago", "Cuando los peces mueren de sed"... Y ahora "Las manos grandes de la niebla" y "Unamuno y el vascuence"... Lo último bien, muy bien, pero de hace cien años, de hace mil años, superando si no nos agarráramos a ello con la desesperación de quien no tiene otro pan que llevarse a la boca. Es mejor dejar que los muertos entierren a sus muertos. A ese anzuelo, creo yo, no tiene que abrirle la boca, o terminará pescado. Esto de ahora tan viejo... tan nuevo porque no lo decimos. Porque lo decimos lejos, y de otros...

Pero aquí, ya se sabe. La neska es linda, de ojos azules, sencilla y pura; el mutil fuerte, trabajador, honrado; el caserío reparte en paz su gran hogaza caliente, es un santuario, y propio desde los siglos. No hay nada que quitar, partir o repartir, solo el pan, que es suficiente. Y los abuelos junto al hogar, desmigando su paz... Pero no se comprende, nunca termina de comprenderse eso... que haya hospicios y haga estragos el alcohol, y casas de santa misericordia tristes, y viejos vivos como muertos. Por los dentro del pastel de crema de fresa. Y si se comprende peor.

Al vasco, al escritor vasco, le sienta bien el sol, las tierras del sol. Se abre, se esponja como una rosa a muchos vientos. Y los vientos lo traspasan, como finos cuchillitos le cortan viejas ligaduras y los pétalos más íntimos, los del cogollo de la rosa, los del mejor perfume, estiran los brazos y sonrían. Como un niño muy antiguo infinitamente nuevo, que ha dormido largo rato. Que abre los ojos, que mira con ojos limpios...

Y ve la vida en torno tal como es; turbia y espesa, doliente, con chispitas efímeras de hondísima ternura y de alegría, pocas, las justas para seguir viviendo. La vida de los pobres, de las pobres gentes... allá, en Venezuela y en cualquier parte. Porque ya no hay paraísos, de su pura nostalgia se vive. De la esperanza, porque entumece vivir del recuerdo y no es bueno.

A éste, a Martín de Ugalde, no sé que decirle. Escribe bien, muy bien. Es un escritor vasco, un magnífico escritor, en Venezuela...